

La alternativa económica ante la crisis

El conocimiento, ¿valor o precio?

Sabemos que el pleno empleo no volverá, pero por extraños prejuicios no queremos darnos cuenta

REYES
Mate

«Allá donde fabricábamos coches, ahora fabricaremos conocimiento», decía recientemente el alcalde de Barcelona a modo de fórmula mágica para superar la crisis que nos anega. Agotada la plusvalía que generaba el trabajador, se busca en la llamada sociedad del conocimiento un recambio a la altura de los tiempos.

Nadie duda de que la inversión en investigación, la mejora en la formación profesional o la reducción del fracaso escolar son estrategias fundamentales para hacer competitiva la economía. Los alemanes, que han crecido en el pasado *annus horribilis* al ritmo de un 4%, son la prueba de lo rentable que es no reducir el presupuesto de investigación y mimar el sistema de formación.

Pero sería un error confundir valor con precio como tienden a hacer los defensores de la famosa sociedad del conocimiento. Hace un par de décadas, **Jean-François Revel** publicó un agudo ensayo titulado *El conocimiento inútil*. Hay conocimientos que pueden resultar inútiles a corto plazo y que, sin embargo, son fundamentales para salir de la crisis. Son estos los que brillan por su ausencia en estos críticos momentos.

LO QUE GUÍA la reflexión contemporánea es la preocupación por cómo salir de la crisis y no el análisis de su naturaleza. Como si el *crash* financiero fuera el constipado ocasional de un modelo cuya bondad es incuestionable. Lo que en un momento se sostuvo sobre el ladrillo o el coche debe ahora sustentarse sobre el conocimiento. Pero ¿es sostenible ese modelo de consumo?

Parecería lógico pensar que si los recursos de la tierra son limitados, habría que plantearse una forma de vida más modesta. Y si el empleo es un bien escaso, lo suyo sería renunciar al pleno empleo y planificar la distribución de ese escaso bien. Vivimos pegados al ordenador que viaja a la velocidad de la luz. A esa velocidad solo viajan las máquinas: ¿podemos tomar esa idea del tiempo como modelo de nuestro ritmo vital? Esa aceleración no hay cuerpo que la resista. Tenía razón el autor de *El conocimiento inútil*: ya sabemos mucho; ya nos hemos dado cuenta de lo absurdo de la prisa, de que el pleno empleo no volverá y que el planeta va muriendo, pero por extraños prejuicios no queremos darnos cuenta.

De la *intelligentzia* occidental cabría esperar que mirara la crisis de frente, antes de refugiarse en sus despachos privados para opinar sobre ella. Que tomara nota de los desperfectos, que oyera los gritos de los desahuciados, que midiera la amplitud de las frustraciones causadas o de los proyectos de vida abortados. Pero los intelectuales no han comparecido, aunque se les esperaba y se les espera.

La hondura de esas expectativas explica el éxito espectacular de un librito, con no más de 30 páginas, titulado *Indignaos* y del que se han vendido, en Francia, más de 600.000 ejemplares. Su autor, **Stéphane Hessel**, de 93 años, no es un nombre cualquier.



Si 'Indignaos', de Stéphane Hessel, ha tenido éxito es porque expresa cómo se vive la crisis

Antiguo resistente, condenado a muerte por los nazis, corredor de la Declaración Universal de los Derechos Humanos y abogado de muchas causas perdidas, ha tomado la pluma para denunciar la dictadura internacional de los mercados internacionales, la desigualdad creciente entre los que no tienen casi nada y los que lo poseen todo, las amenazas a la paz y la amnesia generalizada. El viejo intelectual ha expresado el malestar de nuestro tiempo, invitándonos a la indignación: «Deseo que ha-

lléis un momento de indignación. Eso no tiene precio. Porque cuando algo nos indigna, nos convertimos en militantes, nos sentimos comprometidos y entonces nuestra fuerza es irresistible». El libro, silenciado en un principio por los medios biempensantes, ha corrido como la pólvora de boca en boca hasta ser un fenómeno social.

El panfleto del nonagenario **Hessel** es un grito de protesta. Si ha conseguido conectar con tantos contemporáneos es porque expresa cómo están viviendo la crisis. El desencadenante de la justicia suele ser un gesto de indignación, un airado ¡no hay derecho! ante determinadas circunstancias. Lo sorprendente es la ausencia de un discurso que dé el debido valor teórico a todas esas experiencias de infelicidad que van de un extremo al otro del planeta. Los políticos deberían desconfiar de la aparente calma con la que se están encajando todas esas reformas estructurales que solo se justifican en función de la competitividad. Hay un malestar real y no hay una elaboración teórica a su altura.

ORTEGA Y GASSET definía la existencia humana como un «vivir mejor», dando a entender que el ser humano no debía contentarse con satisfacer sus necesidades naturales, sino crearlas artificialmente para multiplicar el goce. Eso es lo que ha tocado techo. Entre el vivir mejor y sobrevivir malamente está el saber vivir a escala humana. Esa escala es la incógnita a la que debería aplicarse la sociedad del conocimiento. ¿Coches por ideas? Si importante es el I+D+i para mejorar nuestra competitividad económica, urgente es que acertemos con el tipo de vida que aguanta el planeta y la limitada existencia del ser humano. La crisis actual pone a prueba la capacidad crítica del conocimiento. ≡

Filósofo e investigador del CSIC.

La rueda

JOAQUIM
Coll

¿Merecen los economistas un Premio Nobel?

La provocadora pregunta se plantea de forma recurrente por lo menos desde hace 40 años. Los economistas sufren un desprestigio progresivo por los clamorosos fallos en sus predicciones. Ahora el propio FMI ha reconocido públicamente su incompetencia técnica y su falta de honestidad intelectual para prevenir la crisis financiera que, entre el 2007 y el 2010, asoló la economía mundial. Hasta ayer la respuesta más habitual de los neoliberales era que estas catástrofes constituían acontecimientos aislados y súbitos ante los cuales la previsión económica resultaba inútil. Riéndose de su propia disciplina, **John K. Galbraith** dijo una vez que la única función de las previsiones económicas era convertir la astrología en algo respetable, aunque con su crítica denunció sobre todo las fatales consecuencias de convertir la ideología económica en rígida verdad científica. Y ha vuelto a ocurrir a las puertas de la mayor hecatombe financiera desde la Gran Depresión: el

La fiscalidad es de derechas o de izquierdas, y Mas da otro ejemplo de defensa de intereses

FMI seguía creyendo ciegamente en la capacidad de los mercados para autorregularse y autocorregirse. Una idea que se había transformado en pensamiento único hasta el punto de que no pocos analistas de dicho organismo temían ver truncadas sus carreras profesionales si expresaban críticas.

En realidad, no deberíamos sorprendernos del fundamentalismo de mercado con el que ha funcionado el FMI. Lo denunció ya **Joseph Stiglitz** en *El malestar de la globalización*, uno de los libros más importantes de los primeros andares del siglo XXI, donde puso al descubierto las salvajes recetas económicas que se imponían a medio mundo. La crisis económica actual revela el fracaso de la utopía del mercado autorregulado, pero también pone de manifiesto el vacío ideológico de la socialdemocracia en política económica. Porque la fiscalidad es de izquierdas o de derechas. Y ahora mismo en Catalunya, por ejemplo, regalar, como quiere hacer **Artur Mas**, 400 millones de euros a los más ricos, eliminando completamente el impuesto de sucesiones mientras se recorta en educación y sanidad, vuelve a ser otro ejemplo de ceguera programática que apenas enmascara obvios intereses. ≡

Animus
iocandi

Ferreres